



A1838 (A1832 A1839)

INTERVENCIONES INSTITUCIONALES

José María Aznar

**24/11/2003 VIAJE OFICIAL AL REINO UNIDO**

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN UN ACTO ORGANIZADO POR *THE WALL STREET JOURNAL***

Londres, 24-11-2003

En primer lugar, muy buenos días a todos y muy agradecido por la invitación de "The Wall Street Journal" una vez más en esta jornada de afrontar dilemas del liderazgo.

Mi buen amigo Fred Kempe sabe que, en mi opinión, los liderazgos se fundamentan, esencialmente, en dos cosas: una es las convicciones y otra es la capacidad de decisión. La unión de las convicciones y de la capacidad de decisión es lo que te permite cambiar el rumbo de las cosas, influir sobre los acontecimientos y, naturalmente, dar una orientación positiva, sea tanto desde un punto de vista político en general como desde un punto de vista de política económica en particular. Eso requiere, fundamentalmente, entre otras cosas, definir un buen proyecto político y económico, y tener unos buenos equipos que trabajen alrededor. Yo creo que, en gran medida, en todas esas cosas, mucho más que en cuestiones de otro tipo, se sustancian los liderazgos sólidos, modernos, contemporáneos, desde un punto de vista político.

Yo les puedo hablar, como decía Fred Kempe, de cuestiones europeas también desde una perspectiva de convicción política.

En mi opinión, la capacidad que Europa tiene de influir en el mundo de hoy y en el mundo de mañana viene determinada, esencialmente, por su capacidad económica. Si Europa no aumenta su capacidad económica, Europa disminuirá claramente sus posibilidades de influencia en el mundo. Esto es para mí una convicción profundamente arraigada, de la cual soy muy consciente que no comparten otras personas, especialmente algunos colegas míos europeos. Yo creo que la capacidad de influencia y la capacidad de respeto en el mundo de Europa vendrá determinada por su crecimiento económico.

A lo largo de los últimos años, históricamente, y para no remontarnos muy atrás, a lo largo de los últimos tiempos, si tomamos como punto de referencia, que es lo que tenemos que tomar como punto de referencia, la de los Estados Unidos de América, se ha producido claramente un aumento de la brecha tecnológica entre los Estados Unidos y Europa, y se ha producido también un aumento de la brecha militar entre Estados Unidos y Europa; un aumento de la distancia. La posibilidad que tenía Europa de recortar esas cosas y de plantear, desde el punto de vista político, otras consideraciones era la económica.

El camino a seguir, en mi opinión, era, por lo tanto, convertir a Europa en el área de prosperidad más importante del mundo y, a partir de ahí, ir creando, no un contrapoder a los Estados Unidos, de lo cual yo no soy partidario, pero sí una capacidad de influencia europea en el mundo. Eso es lo que se pretendió hacer en el año 2000, es decir, definir a Europa en la Agenda Lisboa 2000 como tener la ambición europea de ser el espacio económico más importante del mundo.

¿Por qué llegamos a esa conclusión y por qué impulsamos alguno eso? La impulsamos desde la realidad y desde el diagnóstico que hacíamos basado en algunos datos bastante claros.

Desde 1985 la economía europea venía perdiendo, en términos objetivos, posiciones respecto de la economía norteamericana. Eran los años brillantes, después de la crisis de los 80, de la Presidencia de Reagan y, evidentemente, Europa perdió posiciones económicamente entonces.

La década de los 90, que fue una década económicamente prodigiosa, desde el punto de vista económico, para los Estados Unidos, bajo la Presidencia de Bill Clinton, tenía unos datos bien claros y es que durante diez años, durante los años 90, los Estados Unidos crecían todos los años por encima del 3 por 100, menos uno, y Europa crecía todos los años por debajo del 3 por 100, menos uno, lo cual quiere decir que la brecha económica entre Europa y los Estados Unidos se amplió claramente a lo largo de los 90.

Situados en el año 2000, algunos vimos la necesidad de intentar de corregir esta situación mediante un nuevo consenso económico europeo, que al mismo tiempo nos permitiese aprovechar las oportunidades de la ampliación europea y al mismo tiempo nos permitiese tener la vista puesta ya en lo que podía venir en relación con la competencia asiática. Las recetas que definimos para eso fueron unas recetas claras: era la receta de la estabilidad, pues desde la inestabilidad pensábamos que no podía haber crecimiento; eran las recetas de las reformas; eran menos impuestos; era más flexibilidad laboral; era incrementar más la competencia; eran las recetas de la liberalización cuanto más liberalización hubiese internamente en los países en la Unión Europea, más posibilidades teníamos y era la receta de la apertura al exterior.

A comienzos de los años 2000 ó 2001, cuando empezaba a decaer la economía norteamericana, se pensaba y se decía y hay manifestaciones muy expresivas en ese sentido que la Unión Europea podía ser el sustituto de los Estados Unidos como motor económico del mundo.

Eso es lo que se decía y ahora lo que toca, a finales del año 2003, es ver el resultado y el resultado no es un resultado precisamente gratificante desde el punto de vista europeo. Lo tengo que decir así, primero, porque los avances que se han producido en ese proceso, que algunos queríamos que fuesen avances muy rápidos, han sido limitados. Podemos hablar de avances de fechas de liberalización futura del mercado energético, podemos hablar de servicios financieros, podemos hablar de "cielo único"; pero todo está evidentemente todavía, en gran medida, por hacer y con no pocas dificultades.

En segundo lugar, porque, una vez puesto en marcha el Proceso de Lisboa, y el Proceso de Lisboa era fundamentalmente crecimiento y competitividad, basado en las reformas, hubo muchos intentos de aguar todo ese proceso, de desvirtuar el proceso, ensanchando

interminablemente los objetivos del Proceso. La consecuencia fue que se consiguió hacerlo y, efectivamente, se consiguió aguar todos esos objetivos de una manera que los han hecho menos eficientes.

En consecuencia, el resultado de ello ha sido que, no sólo la Unión Europea no ha podido sustituir a los Estados Unidos como motor de la economía mundial, sino que en el año 2002 la Unión ha crecido por debajo del 1 por 100 y los Estados Unidos al 2,5 por 100, y que en el año 2003 la Unión en su conjunto no va a llegar o va a llegar escasamente al 0,4 por 100, mientras que los Estados Unidos van a crecer cerca del 3 por 100. Es decir, lejos de haberse producido una sustitución, no se ha producido y, cuando se produce una recuperación económica, se produce con mucho más vigor en los Estados Unidos que en la Unión Europea. Por lo tanto, seguimos teniendo los mismos problemas que teníamos, sólo que hemos perdido unos años que, sin duda, han sido unos años importantes.

¿Qué hacer ante esta situación? ¿Qué es lo que podemos hacer? ¿Cómo podemos nosotros acentuar lo que significa aprovechar unas posibilidades de recuperación económica y afrontar algo que no es coyuntural en Europa, sino que desde hace veinte años estamos viendo que son problemas serios estructurales europeos? Luego, evidentemente, hay operaciones que se puedan desarrollar con mucho éxito, pero ¿cómo podemos incrementar nuestras cifras de crecimiento, que es el problema fundamental que tiene Europa, el del crecimiento y del empleo?

Por ahora, tengo que decir que, en mi opinión, no se va muy bien encaminado, porque lo primero que estamos poniendo en cuestión son las bases de lo que yo creo que es una política de crecimiento, que es la estabilidad. Fred Kempe lo decía con claridad: las reglas establecidas en el Tratado respecto a la limitación de los déficit y el Pacto de Estabilidad se establecieron como garantías adicionales, no solamente de estabilidad económica, sino de confianza y de credibilidad económica, con la esperanza de que algunos países no las cumplieran o tuviesen algunas dificultades para cumplirlas.

Pero la Historia es como es y las situaciones son las que son y se conocen, y ahora lo que vivimos es una paradoja bastante curiosa y es que aquellos que establecieron las reglas son las que no las cumplen. La pregunta, y es una pregunta que esta tarde se van a hacer en Bruselas, es si los Tratados en la Unión Europea son iguales para todos o son iguales para todos menos para unos cuantos. Si la conclusión a la que se llega es que los Tratados son iguales para todos menos para unos, yo creo que lo que se llama, en términos económicos, incremento de confianza e incremento de credibilidad económica, es una batalla bastante perdida.

En consecuencia, yo espero que hoy en Bruselas se decida que los Tratados son iguales para todos, porque estoy convencido de que, si fuesen otros los países que estuviesen en esas situaciones, los Tratados serían implacables. Yo no quiero que haya nada en que se sea implacable, digo simplemente que lo que deseo es que se respeten los Tratados por el bien de la credibilidad y de la confianza europea.

Lo segundo que creo que tenemos que hacer es retomar claramente el espíritu de Lisboa e intentar forjar un nuevo consenso europeo. Tenemos que restablecer el vigor de la estabilidad económica; tenemos claramente que apostar por una agenda de reformas más acelerada y más intensa que la que tenemos en este momento; tenemos que hacer

que prevalezcan las ideas de las rebajas de impuestos, de las rebajas fiscales, de la flexibilización de los mercados laborales; tenemos que afrontar de una manera conjunta las reformas de los sistemas sociales y del Estado del Bienestar, sencillamente para hacerlo viable; tenemos que ser más competitivos y, si no nos damos cuenta, cuanto más tarde lo hagamos, más dificultades vamos a tener, no solamente en términos de distancia con una economía más flexible como la norteamericana, sino en términos de competencia con las economías asiáticas.

Yo espero y deseo que las discusiones que estamos teniendo ahora sobre el tratado constitucional europeo en la Conferencia Intergubernamental no impidan que se abra un fuerte debate que pueda llegar a serias conclusiones respecto a la necesidad de forjar este nuevo consenso. No quiero desdeñar la idea de que hay países que están intentando hacer esfuerzos; pero yo creo que, evidentemente, o hay un diseño político general en el cual hay unos compromisos de empujar en la dirección a la que yo me estoy refiriendo, que incluye también una mayor apertura al exterior, o realmente Europa seguirá renqueando desde el punto de vista de su problema principal, que es el crecimiento económico.

Dentro de eso, permítanme para terminar unas referencias a España. No nos quejamos. Este año, 2003, España va a crecer al 2,4 por 100, es decir, que va a crecer dos puntos por encima de la media de la zona euro. Llevamos ocho años consecutivos creciendo por encima del 3,5 por 100 anual, ocho años consecutivos. La verdad es que, cuando me preguntan cuando había España crecido ocho años consecutivos por encima del 3,5 por 100 anual, tengo que decir que nunca, y lo hacemos de una manera estable.

Éste va a ser el tercer año en que España tiene equilibrio presupuestario y entonces ya no tenemos que discutir qué hacemos con el déficit, sino que también lo que tenemos que discutir es qué hacemos con el superávit. Ésa es una buena discusión. Es mejor discutir qué se hace con el superávit que qué se hace con el déficit. Pero tenemos tres años de equilibrio presupuestario y perspectivas de superávit presupuestario para el año próximo.

Somos el primer país de la OCDE en creación de empleo en este momento, estamos creando 500.000 empleos anuales y estamos en récord histórico de ocupación en España. Nunca había trabajado tanta gente en nuestro país.

Yo digo que la gran revolución silenciosa que se ha producido en España es la del empleo y lo quiero expresar de una manera muy diáfana: a 1 de enero de 1976 vamos a poner esa fecha, 1976, trabajaban en España poco más de doce millones de personas; a 1 de enero de 1996, veinte años después, trabajaban en España poco más de doce millones de personas; a 1 de enero de 2004 van a trabajar en España, diecisiete millones de personas, lo cual quiere decir que hay un cambio social espectacular en nuestro país.

Eso se ha debido, efectivamente, a la estabilidad económica; eso se ha debido a las reformas fiscales; eso se ha debido a las reformas laborales; eso se ha debido a las reformas sociales; eso se ha debido al crecimiento económico; eso se ha debido a la reducción del peso del Estado en el sector público; eso se ha debido a la reducción del peso de la Deuda en nuestra economía... Se ha debido a una política más abierta, más

liberalizada, etc., etc., que nos permite en este momento ser la octava economía más importante del mundo. Por cierto, que nos permite ser la octava economía más importante del mundo y que nos permite preguntarnos si dentro de poco la octava economía más importante del mundo estará en el G-8, que supuestamente engloba a las ocho economías más importantes del mundo.

En todo caso, lo que sí se puede decir es que España es un punto de referencia hoy de una política liberalizadora que ha sido un éxito y que, además, es consciente de que sigue teniendo muchas cosas y mucho camino por hacer. Pero lo que no queremos es que ese éxito, basado en la estabilidad, en las reformas, en la disminución de impuestos, en la flexibilidad, en la mejora de nuestra competitividad y en la apertura al exterior, sea perturbado en el futuro. Desearíamos que el marco europeo fuese un marco que ayudase con mucha más intensidad.

Es por ahí por donde van mis enormes deseos de que los dirigentes europeos piensen claramente que en la economía está el secreto del éxito para la Europa del futuro, el secreto político del éxito para la Europa del futuro y que sepamos actuar en consecuencia.

Ésta es la pequeña introducción que yo quería hacer. Pido disculpas si me he alargado un poquito.